

D I M A S

SONO la campanilla de la puerta, y penetró en la estancia una mujer de mediana edad que, toscamente, dijo:

—¡Eh, tú ¿Estás sordo?

Dimas levantó la cabeza. Ya no era adolescente; un delantal de azul le cubría el cuerpo; mantenía sobre las rodillas el zapato que estaba reparando y sostenía un pequeño martillo, que dejó alzado unos instantes, mientras escuchaba.

—¿No puedes contestar, o preguntar al menos? —exclamó la mujer.

Dimas elevó de nuevo la cabeza, y sin pronunciar palabra alargó la mano. La mujer, refunfuñando, le entregó el envoltorio hecho con periódicos y añadió:

—Toma, y que se resuelva el problema.

El muchacho deshizo el paquete y siguió sentado, clavando tachuelas; la mujer salió moviendo la cabeza y acompañando sus gesticulaciones con un monólogo imperceptible. El modesto taller recobró su silencio, interrumpido por golpes acompasados; uno ligero y corto, para apuntar, seguido de otros a la misma altura y con igual intensidad, para fijar las tachuelas.

Durante algún tiempo dimas permaneció así; luego dejó los utensilios y se dispuso a comer un bocadillo. Comía con lentitud, como si los alimentos no pudieran pasar de la boca. En el cuello, excesivamente delgado, aparecían los síntomas del esfuerzo. Este diario quehacer le resultaba más laborioso que trabajar. Habían transcurrido unos minutos cuando dirigió la mirada, con



inquietud, hacia el reloj despertador, que se hallaba sobre un estante de mampostería. El comprobar la hora interrumpió la comida, y colocó sobre el estante el resto del bocadillo. Con rapidez bajó la persiana; luego echó el cerrojo y la estancia quedó en penumbra. De pronto oyó unos golpes suaves sobre los cristales, y dirigió nuevamente los ojos al reloj; se abstuvo de abrir; los golpes sucedieron, acompañados de un ruego:

—*Abre, Dimas, soy yo, María; no temas; hoy no vendrán; están de excursión.*

Dimas tragó saliva. Después recorrió el cerrojo. La muchacha entró y ambos se encaminaron hacia el interior del taller. Dimas la miraba interrogante; ella lo percibió, y dijo:

—*No he podido hacer la gestión que me pediste; la persona en quien confías ha enfermado; habrás de esperar.*

El no dejó de mirar a María.

—*Deberías vivir de otra manera, salir de este agujero, buscar el aire, asomarte al exterior; algo tendrás que hacer para evitar este sufrimiento.*

Dimas colocó la cabeza entre las manos, moviéndola lentamente. María se levantó e intentó poner orden en la estancia; la presencia de los zapatos rotos le producía desasosiego; dirigió los ojos hacia una leja, donde los reparados daban sensación de armonía y bienestar. Luego fue en dirección al muchacho; sin embargo, algo le impulsó a detenerse ante la hornacina del botijo; se trataba de un objeto nuevo; un portarretratos cuya fotografía había sufrido el deterioro del tiempo; representaba una mujer de mediana edad, aspecto autoritario y bellas facciones. Pensó en la madre de Dimas, quizá por la semejanza de rasgos. El hombre no se percató de esta observación, y ella nada comentó. Sentados uno frente a otro, la muchacha hablaba casi susurrando; el semblante de Dimas fue transformándose, hasta cambiar totalmente. De repente sonó la campanilla y se abrió la puerta. Dimas se levantó y esperó impávido. Una mujer llegó; era doña Catalina; hizo un gesto de desagrado al contemplar la pareja.

—*Vengo de misa, y he recordado que tienes aquí dos pares de zapatos desde hace semanas. Antes los llevabas a domicilio —comentó, mirando maliciosamente a la muchacha—. Dicen que cierras el taller a horas que no son propias.*

Dimas no atendía. Preparó el paquete de zapatos con el precio escrito; intentó entregarlo a su dueña, que dijo:

—*Déjalo ahí; mandaré retirarlo.*



Cuando se marchó, María cogió las manos de Dimas, y, elevándose, besó su mejilla; luego salió con rapidez.

Al día siguiente, las puertas del taller estaban abiertas de par en par. Un transistor emitió canciones de moda. Varias mujeres entraron en el establecimiento; no encontraron a nadie; una de ellas comentó:

—¿Dónde habrá ido? Cada día se muestra más extraño; parece un muerto; si fuera mudo, gesticularía al menos. Esto de la música es nuevo y algo animará; antes entrabas y salías escuchando tus propias palabras.

—Calla —murmuró otra de las presentes—; bastante benitencia tiene que soportar durante toda su vida.

Continuaban los comentarios cuando entró Dimas. Según acostumbraba recogió los encargos. Instantes después comenzó a clavar tachuelas. Los murmullos de las clientes se amortiguaron. Dimas inclinó la cabeza; la música ponía distinto ritmo a su trabajo. Miraba el reloj a las horas de siempre: "¿Vendrán al salir de la escuela?". Su gesto fue primero de extrañeza, luego de alivio. De repente, le sobrecogieron unos golpes sobre los cristales. "¿Serán ellos?" —pensó. Inconscientemente se levantó y comenzó a retroceder; el temor le impidió ver quién entraba.

—¿Quién hay? —preguntó alguien.

Una mujer avanzó hasta el fondo de la habitación, y viendo a Dimas, exclamó:

—¿No me recuerdas? Soy Josefa, amiga de Ernestina, y algo menor que ella; me conociste cuando tu madre te hizo aquello para que no cortejaras a la zagala. Yo llevaba calcetines entonces, pero ahora, ya ves, no los llevo.

Sin gracia y con procacidad, Josefa levantó hasta la cintura su falda tobillera, mientras pronunciaba palabras mordaces y groseras. Dimas permaneció inmóvil, con gesto indefinible. Ella lo derrumbó sobre el montón de zapatos y se marchó emitiendo una carcajada; las últimas palabras oyéronse claras:

—Tu madre era una puta, pero supo hacerlo; así se te pudra también la lengua.

La noche cayó sobre el cuerpo de Dimas. Ni la sed ni el hambre lograron alzarle de aquel montón de escoria. A la mañana siguiente, las puertas abiertas dejaron entrar los primeros rayos del sol. Un grupo de chiquillos, camino de la escuela, se detuvo, y mirando hacia el interior, gritó:

—Capón.



Al instante corrieron.

El desbertador señalaba las nueve, y la vieja fotografía parecía sentirse acompañada por el sonido de la máquina. María, como tantas mañanas, quiso dar los buenos días a Dimas. Su sobresalto al descubrir al muchacho tendido le arrancó un grito. Llena de temor, tocó el cuerpo y comprobó que vivía; le golpeó en el hombro, ayudándole a incorporarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Dimas no pudo evitar unos sollozos que trataba de contener, y como respuesta movió negativamente la cabeza.

—No puedes seguir en este estado; has de tomar una decisión. La persona que podría testimoniar, D. Claudio, el Médico, acaba de morir. Mis palabras podrán consolarte, pero la determinación ha de surgir de ti mismo; nadie logrará que hables, si no quieres. Tú serás quien primero oiga una voz atiplada o varonil.

Al día siguiente, María hizo sonar el cristal con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Presionó la puerta, que cedió fácilmente, y entró en el taller. Dimas no estaba, tampoco los objetos personales ni el portarretratos. Sobre el banco de trabajo había una nota escrita a lápiz, dirigida a María. La muchacha leyó con avidez, rompiendo después el papel en pequeños trozos. Salió a la calle; su rostro se mostraba tranquilo, exento de zozobra y de amargura.

